

WARHAMMER  
40,000

# LO INFINITO Y LO DIVINO

ROBERT RATH

minotauro



**LO INFINITO  
Y LO DIVINO**  
ROBERT RATH

minotauro

Título: *Lo infinito y lo divino*  
Versión original inglesa publicada por Black Library.  
*The Infinite and The Divine* © Copyright Games Workshop Limited 2020.

*The Infinite and The Divine, Lo infinito y lo divino*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Título original: *The Infinite and The Divine*  
Ilustración de la cubierta: Lie Setiawan

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes

ISBN: 978-84-450-1228-4  
Depósito legal: B. 8.145-2022  
*Printed in EU* / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# CAPÍTULO UNO

Antes de que el ser llamado el Emperador se revelara, antes del ascenso de los eldar, antes de que los necrontyr cambiaran su carne por metal inmortal, el mundo nació de la violencia.

Y a pesar de todo lo que vendría, esa violencia fue más terrible que nada de lo que el mundo contempló posteriormente. Porque los incontables frentes de batalla no son nada comparados con la tortura del cambio geológico, y ninguna ojiva explosiva, por grande que sea, puede igualar a un billón de años de turbulencias volcánicas.

Era un mundo sin nombre, porque aún no vivía allí nadie para dárselo.

Cortinas de hielo, altas como un crucero de guerra, se expandían y contraían. Las placas tectónicas unían continentes, y de su colisión surgían crestas montañosas como dientes en las encías de un niño. En el gran océano del mundo, un volcán sumergido escupía magma ardiente hacia la oscuridad del suelo oceánico, formando gradualmente una isla; luego, otra. La placa oceánica se movía alrededor del foco de actividad y arrastraba las islas recién creadas hacia el noroeste, mientras el hervor volcánico seguía lanzándose hacia el agua negra y fría. Se formó un largo archipiélago, como el punto y raya de un código arcaico, extendiéndose sobre la joya azul del mar.

Las primeras civilizaciones, por decirlo de alguna manera, surgieron en esas islas.

Los microorganismos dominaban las cálidas aguas, y su batalla por la supervivencia era tan digna como cualquiera de las que llegarían después. Pero sus esfuerzos, sus triunfos y su canibalismo pasaron sin ser notados, incluso por los propios organismos. La sintiencia era una complicación innecesaria.

Entonces llegaron los grandes constructores de ciudades. Colonias de pólipos de coral que erigieron grandes torres de chimeneas y se fueron dividiendo en celosías arquitectónicas de colores verde y magenta: unas ciudades llenas de vida y actividad.

Y, como toda gran civilización, construyeron sobre los esqueletos de los que vinieron antes. Capa sobre capa, cada generación emblanqueciéndose y osificándose, para que lo vivo permaneciera, sin pensarlo, sobre una vasta necrópolis de sus predecesores.

Quizá los peces que nadaban entre esas grandes barreras de coral fueran los primeros seres sintientes del mundo. Tenían pocas emociones, aparte del miedo, el dolor y el hambre; sin embargo, su llegada presagió una nueva era: la vida allí ya no era solo una marcha de organismos carentes de sensaciones que únicamente existían para existir. Ahora ya podían percibir.

Cuando los grandes lagartos salieron del agua, la lucha se convirtió en una de patas, músculos y corazones que bombeaban sangre rápidamente por fuertes cavidades. Y aunque esos grandes lagartos no tenían mucha más inteligencia que los peces, sentían. Sentían el placer de la sangre caliente en la lengua, el terrible dolor de una herida enconada y la seguridad de la protección maternal. Morían en grandes cantidades, y sus cadáveres en descomposición eran molidos y aplastados por los procesos geológicos, que los convertían en los diamantes y el petróleo crudo por los que otros seres, con el tiempo, se matarían entre ellos por poseer.

Y unos pocos, solo unos pocos, entrarían en un estado de conservación imperecedera. Atrapados en limo e incapaces de descomponerse totalmente, el calcio de sus huesos fue siendo remplazado átomo a átomo por roca, hasta que no fueron más que esqueletos de piedra. Inmortales en forma, y, sin embargo, nada de sus cuerpos se conservaba. Una burla de las criaturas vivas y vitales que una vez fueron.

La vida en el mundo sin nombre continuó así durante billones de años, sin que el resto de la galaxia le prestara ninguna atención.

Entonces, una noche, un saurio carroñero olisqueó el viento, y sintió que algo había cambiado. Alzó el largo morro para apuntar hacia el cielo y vio lo que nunca antes había estado allí.

Nuevas estrellas ardían en la mancha multicolor que era el cielo. Puntos de luz que se agrupaban juntos con una regularidad no natural.

Luces, refulgentes como faros y verdes como las copas de los árboles que cubrían la isla, se movían por el cielo como lo hacían las nubes.

Para el cerebro rudimentario del carroñero, una información visual tan extraña como esa que percibía solo podía ser una alucinación provocada por alguna de las plantas venenosas de la isla. Su cuerpo provocó el acto reflejo de purgarse, y vomitó yemas de huevo y raíces de plantas, antes de lanzarse a toda velocidad por el retorcido laberinto de los árboles terrestres.

Mientras el carroñero observaba para valorar la amenaza, las luces descendieron. Las criaturas eran enormes, con unas grandes alas en forma de hoz colocadas por delante y con unos cuerpos tan negros que destacaban contra la noche.

Como cualquiera que sobreviviera en la isla, el carroñero reconocía a un depredador cuando lo veía.

Una fría luz esmeralda manaba del vientre de las criaturas, y el carroñero detectó el olor foráneo de la arena cocida hasta ser vidrio.

Criaturas de dos patas surgieron de la emanación, y quebraron con los pies la placa de playa fundida. La luz de las estrellas relucía sobre sus cuerpos como el sol sobre el mar, y sus ojos ardían, del mismo color verde que las luces de los depredadores volantes.

El mundo ya no carecería de nombre.

# CAPÍTULO DOS

## Mundo eldar de Cepharyl, Franja Este Diez mil años antes del Gran Despertar

Las viejas historias, pasadas boca a boca entre los cantores del espíritu, mantenían que cualquiera que tocara la piedra, ardería.

*Vuestra mano se retorcerá y ennegrecerá.*

*Vuestras muelas brillarán ardientes.*

*Vuestros huesos se quebrarán como teas.*

*Porque he bebido de los viejos soles.*

La canción decía que la gema era un meteorito. Vagando, semisintiente. Absorbía la energía de cada estrella junto a la que pasaba. Se decía que, durante la Guerra en el Cielo, los guerreros la habían empleado para comunicarse con los mismísimos dioses.

Sin embargo, Trazyn hacía tiempo que había aprendido a no creer en las absurdidades del folclore eldar. Por muy antigua que fuera la raza, aún se dejaban llevar por las tonterías de un cerebro orgánico.

Trazyn había viajado durante tanto tiempo por la galaxia que había olvidado en qué año había comenzado. Recopilar. Estudiar. Ordenar las culturas del cosmos.

Y algo que había aprendido era que cada sociedad pensaba que su montaña era especial. Que era más sagrada que la montaña a la que adoraba la tribu vecina. Que era el único centro auténtico del universo.

Incluso cuando se les informaba que su cumbre sagrada era simplemente la conexión aleatoria de placas tectónicas o que su espada bendita era una reliquia alienígena muy antigua aunque relativamente corriente (lo que descubrió que era una revelación poco apreciada universalmente), seguían aferrándose a sus historias.

Lo cual no quería decir que no hubiera dioses en el firmamento, claro. Trazyn sabía que los había, porque él había ayudado a matarlos. Pero también había descubierto que la mayoría de lo que las sociedades tomaban por dioses eran puras invenciones propias, encantadoras imaginaciones fantasiosas.

Pero aunque él no creía que la gema conectara con los antiguos dioses, eso no significaba que no valiera la pena poseerla, o que no fuera merecedora de la protección de los eldars.

Por eso, el sonido de un asedio resonaba por los salones de hueso.

Trazyn permitió que parte de su consciencia vagara suelta, si bien solo para monitorizar la situación. Parte de su mente trabajaba sobre el problema inmediato, la otra miraba a través de los oculares de su capítan de la necroguardia.

A través de esos ojos, Trazyn vio que su falange de necroguardias aún mantenía las puertas del templo. Los de primera fila habían unido sus escudos de dispersión formando un muro, y cada uno alzaba su espada hiperfásica como el percutor de una pistola cargada. Tras estos, los de la segunda fila sujetaban sus dáculos como si fueran picas y las apoyaban sobre el hombro de sus camaradas; así toda la formación quedaba erizada con hojas que zumbaban de energía.

Perfectamente uniforme, se fijó Trazyn. Y perfectamente inmóvil.

Cadáveres exoditas cubrían los escalones ante ellos: armaduras de malla, adornadas con plumas, estaban cortadas en líneas quirúrgicamente rectas; los miembros y la cabeza cercenados. Sus sensores olfativos identificaron en el aire partículas de músculo cocido.

Se estaban congregando para otro ataque. En la plaza ajardinada frente al templo, donde convergían cinco calles de tierra, eldars exoditas correteaban entre las plantas decorativas y los ídolos tallados en enormes huesos.

En la distancia, podía ver la pesada forma de un gran lagarto, fuerte y de largo cuello, con dos cañones prismáticos gemelos colgados de su lomo arqueado. Trazyn lo marcó como el objetivo de las dos Guadañas de la Muerte que volaban en formación de apoyo en lo alto.

Llovieron proyectiles shuriken, y repicaron contra los escudos necrones como el granizo contra el vidrio de una ventana. Un disco penetró en la cavidad ocular de un necroguardia y se clavó ahí, bisecando el torvo fuego de su ojo. El guerrero no reaccionó. No rompió la formación. Con un chirrido de metal protestando, la aleación viva de su cráneo expulsó



el disco monomolecular, y este descendió lentamente hasta los escalones como una hoja caída.

Trazyn contempló su forma a través de la visión del capitán. Circular, con canales en doble espiral. Un diseño eldar común, que no valía la pena conservar.

Notó un cambio en el aire y alzó la mirada; vio a la primera Guadaña de la Muerte, que descendía rápidamente para hacer una pasada de ataque. En el último momento, el gran lagarto la oyó y rotó su cabeza de serpiente para mirar el cometa que se acercaba.

Un rayo de energía de color blanco salió disparado desde el fuselaje de la Guadaña de la Muerte, y trazó una línea de fuego a través del frondoso sotobosque. Atravesó el largo cuello de la criatura y su tercio superior cayó como la rama talada de un árbol. El gran cuerpo se tambaleó, se escoró, se mantuvo derecho. Entonces, la siguiente Guadaña de la Muerte le atravesó el abdomen e hizo estallar la carga explosiva de sus cañones prismáticos. Detonaciones en cascada hicieron pedazos la criatura; el estallido de energía púrpura lanzó a cientos de los hombres de armas a cúbitos de distancia.

«Es una pena —pensó Trazyn, mientras veía arder la carcasa del lagarto—. Quería uno de esos».

Pero no tenía tiempo para esos proyectos secundarios. Cuernos de concha resonaron por todas las torres rodeadas de selva de la ciudad, y ya podía ver más grandes lagartos avanzando pesadamente hacia el templo. Uno alzó un cañón shuriken de doble boca hacia el cielo y comenzó a escupir fuego a las Guadañas, que ya se retiraban. Aunque eran primitivos, una vez que los exoditas reunieran sus fuerzas, su pequeña tropa de adquisición sería superada.

Cepharil estaba despertando para defender su Espíritu del Mundo.

Trazyn abandonó el cuerpo del capitán de los necroguardias, se reunió con su consciencia y se centró en la tarea que le ocupaba.

Ante él se extendía un largo corredor de hueso espectral, seguramente recogido del mundo que esos fundamentalistas hubieran usado para comenzar su exilio autoimpuesto. Las paredes estaban decoradas con tallas en bajorrelieve, realizadas sobre los huesos de los grandes lagartos, en las que se representaba el éxodo de su sociedad.

Trazyn había estado buscando trampas con sus sensores, y había detectado placas de presión y un enorme fulcro mecánico oculto en la mampostería. Más allá esperaban las puertas ciclópeas de la cámara interior.

Finalizó sus cálculos y vio el camino que debía tomar.

Trazyn cogió su obliterador empático y entró en el pasillo.

Agujeros abiertos en los bajorrelieves tosieron para lanzar nubes de dardos de hueso, que rebotaron repicando contra su necrodermis. Trazyn agarró uno en pleno vuelo y analizó la punta: un veneno exótico extraído de un invertebrado marino exclusivo de ese mundo.

Lo dejó caer en un bolsillo dimensional y continuó avanzando; notó una piedra moverse y hundirse debajo de él.

Un trozo de mampostería, con la forma de un martillo y de seis toneladas de peso, fue hacia él como un péndulo. Trazyn agitó una mano por delante sin detenerse; la proyección de ralentización que surgió del emisor de su palma detuvo el martillo a medio arco. Pasó junto a él sin siquiera mirarlo, mientras la superficie del martillo vibraba de energía potencial.

Finalmente, la puerta. Alta como un monolito, y decorada con exquisitos grabados de los dioses eldar. Una tira vertical de runas planteaba un poema acertijo tan enrevesado que detendría incluso al más sabio, si desconocía el oscuro saber de los...

—*Tailliac sawein numm*—entonó Trazyn, y se puso de costado para poder colarse entre las hojas en cuanto se abrieron chirriando.

Normalmente, se hubiera esforzado un poco. Lo habría resuelto pensando, y luego habría realizado un análisis textual. A Trazyn le encantaban los acertijos. Revelaban muchísimo sobre la cultura que los había planteado. Pero un aviso noémico de sus necroguardias sugería que los exoditas estaban presionando más de lo previsto. No había tiempo para entretenerse divirtiéndose.

No se había detenido a procesar el significado de las runas, solo las había introducido en su base de datos lexicográfica en busca de dobles sentidos, inferencias y connotaciones mitológicas. Incluso después, no podría haber explicado cuál era la respuesta al acertijo o qué significaba. Era una mera ecuación lingüística, un problema con una solución.

Una solución que lo había llevado ante la presencia del Espíritu del Mundo.

La cámara se alzaba a su alrededor como una oscura gruta artificial, y se perdía en un resonante techo abovedado. Sus pies de metal chirriaron sobre una calzada de mármol espectral con vetas doradas. A ambos lados, balaustradas de filigrana imitaban los corales de las profundida-

des oceánicas, porque Cepharil era un mundo de mares cálidos y frondosos archipiélagos. Y, más allá de las balaustradas, estanques de platino líquido proyectaban luces acuosas sobre los muros.

—Bien —dijo para sí mismo—. ¿Dónde estás, encanto?

Ante él se alzaba el Espíritu del Mundo.

Se curvaba hacia delante, incrustado en la superficie abovedada del muro del fondo. También estaba hecho de hueso, pero a diferencia del viejo hueso espectral inerte de los muros y el techo, este crecía vivo del suelo y se dividía como un abanico de raíces de árbol que hubieran crecido hacia arriba en vez de hacia abajo.

No, se corrigió Trazyn, eso no era exacto. Sus oculares desecharon las capas externas del Espíritu del Mundo y se centraron en las venas de energía que recorrían el material psicoactivo. Un poder arcano palpaba de un lado al otro en un sistema circulatorio: corría por las arterias y los nervios, viajando hasta los ramales superiores de la red y regresando al suelo. Entonces, no raíces..., antenas. Sí, eso era, un gran conjunto de antenas, enorme como una montaña, con los puntos finales de los ramales curvándose hacia fuera del muro. Aquí y allí había pequeños brotes, cargados de nuevo crecimiento.

Exquisito.

Trazyn se acercó más para evaluar el objeto. Notó que la sustancia no era hueso espectral, al menos no en su totalidad. Era un híbrido, un sustituto, nacido de los esqueletos de los grandes lagartos y entretelado con el hueso espectral de pisco-plástico recuperado de la nave estrellada de los exoditas. Una revisión de la secuencia genética no pudo determinar dónde comenzaba una sustancia y acababa la otra, ningún punto donde el antiguo artesano hubiera fundido los dos materiales o injertado uno en otro. Era una mezcla sin fisuras, formada y cuidada durante millones de años: hueso espectral tejido entre las moléculas de restos de dinosaurios, reactivas pero de baja calidad. Una obra maestra de uno de los mejores cantadores de huesos de la galaxia, un acto de arte y devoción que era templo, mausoleo y metrópolis a la vez. Un lugar donde las almas de sus ancestros eldars caídos pudieran descansar, unidos y protegidos de los hambrientos dioses del éter.

Trazyn fue hacia él sobre piernas incansables, mientras echaba hacia atrás el cuello encorvado para ver el punto en que las más altas horquillas desaparecían en la oscuridad de la bóveda. Hubo un tiempo en que

su propia gente había sido capaz de realizar obras como esa. Pero el proceso de la biotransferencia, el regalo emponzoñado que había traspasado su consciencia a cuerpos de metal inmortales, también había consumido casi todo tipo de expresión artística. Su gente ya no eran artesanos o poetas. Los pocos que conservaban el gusto por ello habían descubierto que sus habilidades estaban muy disminuidas. Ahora forjaban en lugar de crear. Una obra que necesitaba de todo ese cuidado, de todo ese amor, estaba fuera de su alcance.

Era una pena que no pudiera llevárselo entero.

Con tiempo podría haberlo extraído, quizá incluso encerrar todo el templo en un campo de estasis y transportarlo entero a su galería de historia en Solemnace. Tener la gema en su contexto original sería un acierto muy especial. Pero, de algún modo, esos primitivos habían sentido la llegada de su falange adquisitiva, y no había tiempo. Lo cierto era que había roto el protocolo al despertar hasta treinta de los necroguardias antes de su momento. Hacerlo les había dañado las matrices neurales, y los había convertido en poco más que autómatas que obedecían programas tácticos y órdenes explícitas.

Aunque, si no podían recordar esa expedición, mucho mejor; se suponía que Trazyn tampoco debía estar ahí.

Se acercó a la base del Espíritu del Mundo, que estaba como a una legua de distancia, y contempló la verdadera genialidad de su creación.

La estructura surgía del cráneo de un lagarto depredador de una altura dos veces la de Trazyn; la mandíbula inferior había sido extraída y los dientes superiores, con forma de hoz, quedaban enterrados en el suelo de hueso fantasmal. Un resplandor, como la luz anaranjada que desprenden las ascuas avivadas por el viento, emanaba de las cavidades que habían contenido los ojos.

Trazyn atravesó capas de hueso con su visión y contempló la gema encastada en la cavidad cerebral del tamaño de un puño del depredador.

—Un carnosaurio. Asombroso.

Pasó la mano de metal sobre la coronilla del cráneo y el emisor de la palma lanzó radiación electromagnética hasta el centro.

La gema era vieja. Más vieja de lo que él habría creído posible. Al parecer, Trazyn debería haber relajado su desdén por los cuentos de los eldars, porque sí era un meteorito, y uno de extraordinaria antigüedad y formación desconocida. Revisó los resultados del sortilegio espectro-

mántico, para confirmar sus averiguaciones. Dada la edad de los componentes, su degradación y el estilo de los cortes de las facetas de la gema, era totalmente posible que datara de la Guerra en el Cielo.

Un delicioso estremecimiento recorrió los circuitos de Trazyn.

—Saludos, querida —dijo, y su susurro arrullador quedó perdido en el eco hueco de su emisor vocal—. No me encuentro muchas veces algo que sea tan viejo como yo.

Estaba tan fascinado que no vio llegar a los jinetes de dragones.

Una profunda concentración tendía a disminuir sus protocolos de cautela, y las pisadas de las bestias habían sido enmascaradas por el entrenamiento y la brujería.

A pesar de todos sus receptores, sus escrutadores, sus protocolos y sus sortilegios, los movimientos en el empíreo quedaban apagados en sus sentidos. Cuando se trataba de la brujería de la disformidad, se sentía como un sordo en una mesa, capaz de distinguir palabras a través de sonidos apagados y labios leídos, pero incapaz de captar las voces a su espalda.

Una alerta intersticial destelló en su visión y se giró, mientras empleaba su cronosentido para ralentizar el mundo y darse tiempo de calcular una decisión de milisegundo.

Escamas, garras y fauces cargadas de afilados dientes estaban a punto de caer sobre él como una gran ola: veinte jinetes cabalgando en una apretada formación, las lanzas de hueso espectral en ristre, tatuajes de espirales en los rostros afilados como puntas de flecha. Amuletos de marfil colgaban de los cabestros de sus monturas saurias, y cada arnés de cuero se cruzaba sobre un morro de escamas que acababa en fosas nasales dilatadas y dientes curvos. Los saurios, que se movían como bajo el agua en la visión aumentada de Trazyn, agacharon sus cuerpos aviares, y apoyaron su peso hacia los abultados cuartos traseros en preparación de un asalto final.

Una lanza fue tan directa hacia él que su punta era como un círculo en su visión.

Opciones mínimas; ninguna atractiva. Pero su cercanía al Espíritu del Mundo le había dado, al menos, un momento para actuar, ya que los jinetes contuvieron la carga, por miedo a estrellarse contra su venerada tumba ancestral.

Trazyn se movió hacia la izquierda, fuera del alcance de la primera punta de lanza.

Antes de que el guerrero pudiera girar la larga arma, Trazyn agarró el asta y arrancó al tatuado Guerrero Especialista de la silla. Observó retorcerse el rostro del jinete cuando cayó de la montura, con el largo cabello volando al aire y las manos protegiendo el rostro mientras se estrellaba contra el suelo de hueso.

—«Trazyn, al que llaman Infinito» —dijo una voz. No eran palabras audibles. Tampoco telepatía, a la que él era inmune. Era como una onda de pulsos psíquicos que presionaba su transductor auditorio para imitar el lenguaje. Uno de los jinetes debía ser vidente.

No le prestó atención.

El saurio sin jinete le atacó y cerró las fauces sobre el lugar donde su caja torácica se unía con el cuello encapuchado. Trazyn se había acercado demasiado y no podía esquivarlo.

—«No te harás con lo que buscas».

Los dientes curvados tocaron la fría superficie de su necrodermis... y se destrozaron.

Trazyn canalizó fuerza cinética hacia su puño y golpeó al dinosaurio en el cuello.

Las vértebras saltaron, el cartílago se rasgó. El saurio cayó con el ruido de un corneta que experimentara una agonía súbita e insoportable.

—«Escucha la canción. Este mundo canta por la sangre de Trazyn».

Y era cierto; aunque a través de la espesa neblina que ralentizaba el tiempo podía oír los penetrantes cánticos de los caballeros. Que él no tuviera sangre no importaba; esos eldars la querían igualmente.

Pero su formación no estaba pensada para ocuparse de un oponente solo. Se estaba desorganizando, se plegaba porque todos los caballeros querían llegar hasta él. Y él acababa de abrir un hueco.

Mientras la unidad trataba de girar sobre sí misma, Trazyn se coló por el agujero en la formación, asegurándose de pisar al guerrero caído al pasar.

Tras él, los jinetes chocaron y se mezclaron.

—Eldars —soltó despectivo—. Tan viejos y tan sabios. Para nosotros sois como niños.

—«Este Espíritu del Mundo es nuestra ascendencia, Trazyn. Nuestra cultura. Nuestros muertos. Y se marchitará sin la Gema Solar».

Y entonces Trazyn vio el carnosaurio. Lo había pasado por alto hasta ese momento, ya que su foco había estado superado por la carga de

los jinetes de dragones, y sus sentidos, oscurecidos por la brujería. Se alzó sobre él, con su musculado pecho protegido por una coraza creada de hueso de dinosaurio, y dos cañones shuriken gemelos surgiéndole como colmillos de la barbilla. Hojas serradas, formadas con los dientes de depredadores acuáticos, cubrían las placas de armadura sujetas a sus pies y su columna. Una hoz de calcio culminaba su cola azotadora.

Sobre su lomo, la vidente; con su delgado rostro medio cubierto por la máscara de un dios desconocido, su grácil cuerpo encastado en una armadura de nácar y el pelo rosa recogido en un rodete.

—«Hace mucho que sabemos que lo deseas, pero si te lo llevas, el Espíritu del Mundo morirá».

—Si sabías que iba a venir —repuso Trazyn—, deberías haber establecido un plan de contingencia.

—«Sé que regresarás —dijo la vidente—, pero aun así voy a disfrutar de esto».

El carnosaurio le mordió por la cintura, y toda su parte superior quedó atrapada dentro de la oscuridad húmeda de su boca. Dientes de treinta y cinco centímetros (incluso en ese momento, no podía dejar de analizar, de catalogar) se hundieron en los duros tubos y las estructuras de ambulación pélvica de su torso. Los sistemas vitales se rompieron y fallaron. Chispas de color esmeralda saltaron de la herida, e iluminaron el interior de la boca del carnosaurio con destellos malignos. Trazyn notó que se le separaban las piernas.

Trazyn canalizó sus disminuidas reservas a un puño y lo reformó en un pincho brutal. Se lo clavó al carnosaurio en la lengua y sus oculares se cubrieron de la sangre reptiliana caliente que brotó. Para su fastidio, sus sistemas, por su cuenta, hicieron un análisis de la estructura genética.

Lo marcó para leerlo más tarde.

La musculosa lengua lo empujó rodando hacia un lado. Se quedó tirado como un trapo, y vio una línea serrada de luz al abrirse las mandíbulas.

Lamentó haber ralentizado su cronosentido al ver la hilera de dientes cerrarse sobre él, pinchándole los oculares, atravesándole las bobinas de fibra neural y aplastándole el cráneo.